

LA PAJARA PINTA

Año I

Mayo de 1966

No. 5

El Llamado del Teatro

Por LOUIS JOUVET.

I

¿POR QUE SE PONE UNA OBRA EN ESCENA?

¿Por qué se pone una obra en escena? También podría decirse: ¿por qué se va al teatro? ¿Por qué se hace teatro?

Para reunir a nuestros contemporáneos. En ese sentido, el teatro es un acto de fe. La gente va al teatro por razones que no puede formular.

El teatro abre en su espíritu una fuente de disensión, de debate personal consigo misma que cada cual interpreta diferentemente.

El espectador experimenta una especie de descanso en su vida, en sus preocupaciones.

Mañana —dice Giraudoux en "La Impronta de París"— tendrán ustedes un bolsillo de aire, sonreirán a los ángeles, y un relojero dispondrá en sus cerebros las estaciones y las horas, la indignación y la suavidad: eso se debe a que la obra era buena. A veces, advierto desde el autobús, en la calle, a un señor de edad del brazo de una joven, cuyo andar es rápido, la marcha atractiva y el rostro radiante, pero vuelto hacia sí mismos; estoy seguro de que el día anterior han visto una buena obra. Tal vez no la han comprendido. Pero, salvo la obra, hoy comprenden todo: el buen tiempo, la vida, las hojas de los plátanos, las orejas de los caballos... Una obra escrita, evidentemente, que ha pasado sobre las almas arrugadas por la semana como la plancha sobre la ropa: están todas lisas...

Deseo de solidaridad, de simpatía, de comunicación con los demás. Un deseo —digámoslo— de satisfacción. Se pone en escena una obra de teatro por placer. Si se acepta esa definición, hay que distinguir la naturaleza exacta de la satisfacción que se busca: satisfacción pura de distracción, satisfacción de orden pecuniario, satisfacción de la gloria que se puede conseguir, y las causas mismas que se mezclan a ese ejercicio. Placer de satisfacerse, de comunicarse con los demás, de que los otros lo compartan.

Es curioso, y un poco paradójico en el fondo, que el éxito máximo, cuando se monta una obra de teatro, esté dado por una sala que aplaude, de pie. Esa sala ha experimentado, sin duda, una oleada de extraordinario entusiasmo, un alivio a la condición diaria en la que vive sumergida, pero hay que aceptar que ese entusiasmo, si se analiza, reconoce causas sumamente diversas.

La cualidad de esa búsqueda, de esa satisfacción, es lo que diferencia a los teatros.

Si se trata de una satisfacción puramente desinteresada, me parece curioso que los espectadores lleguen a ese entusiasmo, en el que la sala se funde en una unanimidad milagrosa, por un ca-

mino interior que no es el mismo para todos. La ebullición final en la cual se encuentran ha sido producida, sin duda, por una suerte de elevación de la temperatura, pero en el fenómeno de sublimación al que están sometidos público y actores, hay, sin embargo, caminos muy personales. Sus reacciones son diferentes. Y el entusiasmo no es fácil de explicar, pues es más bien una especie de contagio.

Es un intento de comunicación, de participación, de penetración recíproca; es la necesidad de no estar ya solo, de parecerse a los otros, de refugiarse en el grupo. Y el individuo, sin embargo, espectador, autor o actor, no se siente nunca tan solo como en el seno de esa comunidad. (En cuanto a mí, nada hay que me dé un sentimiento de soledad más profundo que la multitud). Y, al mismo tiempo, sufre el estado de esa multitud, participa de sus sentimientos, siente lo que nace en ella o lo que va a expresar, lo que va a hacer.

¿Por qué se pone una obra en escena? Los Porqué del Teatro. El debate se mantiene con los porqué. "Si comprendiéramos todo, no habría esos porqué y la vida sería muy distinta", dice Balzac en "Melmoth Reconciliada".

Cuando se trataba de "Por qué he puesto en escena Don Juan", o La Escuela de las Mujeres, o Tartufo, la respuesta, en el fondo, era la satisfacción irritada que nos provocaban las obras del dominio nacional a causa del modo en que se ponían hasta entonces. Pero las razones que hemos expuesto se han descubierto poco a poco en la acción; ellas no nos han determinado; hemos intentado encontrar en el proceso del trabajo aquello que ha iluminado lentamente ese mismo trabajo, y eso es lo que nos ha dado entonces, puliendo e invirtiendo las ideas generales, la materia de ese propósito.

Se pone una obra en escena por una necesidad de satisfacción que en el fondo es la finalidad del teatro, la necesidad que tiene el autor de liberarse de algo que obsede, que lleva dentro de sí; la necesidad del actor, que la recibe, de comunicarla a los demás; y la necesidad de los espectadores de recibir alguna cosa que la vida ordinaria no les procura, que es inofensiva en sí, de la cual pueden participar de todo corazón, hasta con todo su cuerpo, si se puede decir así, sin experimentar ningún cambio, ni alteración; es un ejercicio virtual.

En el fondo, la respuesta a "¿Por qué he puesto en escena una obra?", es "porque me gusta", y eso es todo.

Y si amamos el teatro es por eso: porque nos gusta.

¿Por qué se escribe una obra? ¿Por qué la interpretan? ¿Por qué van a verla? Porque a algunos les gusta contar fábulas y a otros les gusta verlas; gusto que es difícil definir y explicar, y que podría llamarse la vocación del teatro. En algunos, consiste en escribir; en otros, en escuchar; en otros, por fin, en interpretar. Es el llamado del teatro.

II

ACERCA DE LA VOCACION

Me pregunta usted acerca de su vocación, y el problema que me crea no es menor que el suyo. Quiere usted pedir consejo a un "verdadero artista", y yo no estoy seguro de serlo. Sólo me esfuerzo en ser un actor; hace ya mucho tiempo que lo hago, y la aprobación del público, a pesar de todo lo que tiene de persuasiva, no me garantiza del todo que yo sea un "actor verdadero".

DE MOLIERE A GIRAUDOUX

¿No saben ustedes qué es el teatro?

Tenemos el escenario y la sala.

Primero está todo cerrado, y luego viene la gente y se sienta en filas, los unos detrás de los otros, y miran.

Miran el telón. Y lo que hay detrás cuando se ha levantado.

Y sucede algo en el escenario, como si fuese verdadero.

Miro a la gente, y la sala no es más que carne viva y vestida.

Y llenan las paredes como moscas hasta el cielorraso.

Y veo centenares de rostros blancos.

El hombre se fastidia, y la ignorancia está adherida a él desde su nacimiento.

Y no sabe nada acerca de cómo aquello nace o termina, pero va al teatro por eso.

Y se mira a sí mismo, con las manos en las rodillas.

Y llora y ríe y no tiene el menor deseo de irse.

Y yo también les miro y sé que allí está el cajero que mañana será compulsados sus libros, y la madre adúltera cuyo hijo acaba de enfermarse.

Y el que viene de robar por primera vez, y quien no ha hecho nada en todo el día.

Y miran y escuchan como si durmieran.

PAUL CLAUDEL

Nuestra profesión, no lo olvide, no es, en primer lugar, más que un engaño de sí mismo. Es el triunfo del engaño. El otro día, una señora a quien yo hacía unos cumplidos triviales, me dijo con un tono ligero, olvidando, sin duda, mis ocupaciones: "Oh, no es usted sincero, está usted haciendo el actor". Me sentí un poco mortificado y repentinamente privado de elocuencia. El coche rodaba, la conversación decayó y miré el paisaje. El paisaje me hizo pensar en un cuadro, el cuadro de un amigo; este amigo es pintor y eso me hizo recordar una anécdota.

Un niño mira al pintor sentado delante de su caballete, con la paleta en la mano. El pincel va y viene diligentemente de la paleta a la tela y a la inversa. El cuadro es todavía informe, apenas la confusión de un primer esbozo, el momento en el que los colores extendidos sobre el lienzo parecen mezclarse. El niño sigue esos gestos, que le parecen un juego, con creciente curiosidad. Después de un largo tiempo de atención, señala sucesivamente tela y paleta, y uniendo la acción a la palabra, pregunta: "Por favor, señor, ¿hace usted "eso" con "eso", o "eso" con "eso"?"

Dispone usted, me escribe usted que dispone "de un ardiente deseo, de una sensibilidad sumamente matizada", y de un físico que confiesa con insincera mo-

destia "pasable".

Así, pues, que con "eso" pretende usted hacer "eso", es decir:

"Satisfacer su necesidad permanente de evasión y encarnación".

"Componerse cada día una nueva personalidad".

"No ser más usted misma".

"No tener más una sola vida, sino vidas múltiples".

"Crear personajes siempre diversos, darles una personalidad intensa y viva, hacerles sentir, amar y odiar, y nunca de la misma manera".

"Poder reír —me escribe usted en conclusión— con las risas de sus personajes, sufrir con sus sufrimientos y llorar con sus lágrimas para comunicar a los espectadores, tan profundamente como lo siente usted en sí misma, la misma dicha o la misma desesperación".

No es la primera vez que oigo o leo esas palabras. Me producen un eco, las he dicho antes que usted.

¡Causa tanto placer converse!

Sin embargo, permítame que le diga que su "sinceridad" no es más que simple pretensión, aplauso o complacencia de sí, sólo un deseo de la aprobación de los otros. Su "sinceridad" en este momento no es más que una tendencia, un gusto de engañarse a sí misma: los espectadores, actores y autores se hallan igualmente dotados en ese sentido.

"Ella", la Sinceridad, es la que nos reúne, nos congrega a todos para emprender esa "búsqueda del engaño", para intentar esa incomprensible aventura de la "posesión y desposesión de sí" que es el teatro.

Uno de los secretos del oficio del actor, y en todo caso el del verdadero espectador, es desnudar su sinceridad: lo hace sin egoísmo.

No es posible conquistar la propia personalidad sino a fuerza de impersonalidad.

Usted dice: "¿Qué me aconseja?". ¡Juzgue ahora lo embarazoso de mi situación!

LA PAJARA PINTA

Publicación Mensual de la Editorial Universitaria. San Salvador, El Salvador, C. A.

Director de este número

Roberto Arturo Menéndez



H4095

I.—Los grandes ciclotrones de Berkeley

En el verano pasado se me permitió visitar los ciclotrones de la Universidad de California.

De esos extraños aparatos (destinados en apariencia a ser tan familiares para nuestros descendientes como lo son para nosotros una turbina o una dinamo) existe allí ya toda una serie de individuos que se suceden (o incluso, en cierto modo, que se engendran) con tamaño cada vez mayor.

Estos (ciclotrones propiamente dichos) utilizados para acelerar los protones, los deuterones y las partículas alfa.

Aquéllos (betatones y sincrotrones) actúan sobre los electrones.

Y un tercer tipo, por último, el recién nacido de la familia, y también el más grande, el *bevatrón*, llamado así porque con la ayuda de su electro-ímán anular de 40 metros de diámetro (10.000 toneladas) va, según se espera, a acelerar los protones no solamente hasta millones sino hasta billones de electrones-voltios.

Imagínese, para cada una de estas herramientas gigantescas, un refugio circular, construido un poco como una rotonda de locomotoras; y, en el interior de tales refugios, una cámara al vacío, anular, donde las partículas atómicas, azotadas por una serie periódica de impulsos electrónicos, y forzadas al mismo tiempo a girar bajo la acción de un poderoso campo magnético, circulan cada vez más de prisa hasta que, al liberarse por la tangente, se escapan con una velocidad cercana a la de la luz: capaces, entonces, gracias a esta prodigiosa fuerza viva, de romper, de transmutar e incluso, quizás, de crear dentro de pronto la Materia.

Tras entrever todo esto, erijan en el pensamiento, en torno a estas rotondas misteriosas, toda una ciudad en miniatura, con sus accesos estrechamente vigilados, sus múltiples oficinas, sus garages, sus restaurantes y, naturalmente, su población, abigarrada y altamente seleccionada, de sabios y de técnicos diversos.

Coloquen, por último, todo este conjunto entre los eucaliptos, sobre las colinas, frente a la bahía de San Francisco y la *Golden Gate*.

Hagan esto, digo. Y tendrán entonces la imagen aproximada del famoso *Radiation Laboratory* de Berkeley el cual, en estrechas relaciones con la *Atomic Energy Commission* de los Estados Unidos, representa, en la hora actual, uno de los centros más vivaces del mundo para el estudio y la captura de la Energía nuclear.

Yo no soy un físico. Y nada diré por tanto acerca de lo que, en esos santuarios, fueron mis reflexiones sobre la explosión o la "implosión" de los átomos. Pero, en cambio, sucede que soy un viejo estudiante de la Vida. Y, a tal título, quisiera, bajo la forma alegórica de un fenómeno de "doble vista", expresar y analizar críticamente un cierto sentimiento de presencia y de energía espirituales que se apoderó de mí, como en un choque, cuando por primera vez en mi vida me vi frente a frente con uno de nuestros modernos rompedores de átomos.

II.—El otro e invisible ciclotrón, o: una concentración local de Energía humana

Cuando lo visité, los ciclotrones de Berkeley estaban unos en período de revisión, otros en curso de finalización. Es decir, que era posible acercarse a ellos sin peligro. Me fue posible entonces trasponer la densa caparazón de cemento armado que los recubre y mirar la disposición de sus órganos más secretos.

Pero, a medida que penetraba así cada vez más

dentro del interior del monstruo, fue cuando, como por una especie de cambio gradual de plano, otro grupo de imágenes se sustituyó mentalmente a la figura del acelerador atómico que tenía ante mis ojos. Mi guía seguía hablándome de campos que se envuelven. Y yo, durante ese tiempo, no podía dejar de sentir y de percibir, más allá de ese torbellino electro-magnético, y alrededor de él, la afluencia concéntrica de otra no menos formidable irradiación: la de lo Humano aspirado en tromba sobre mí desde los cuatro puntos del espacio.

Toda una gama de conocimientos y de técnicas, todo un espectro de energías también, convergían al punto donde me hallaba yo, fundiéndose unos en otros en algo específicamente único, en estado apasionado. . .

Toda una gama de conocimientos y de técnicas, ante todo: matemáticas, electrónica, química, fotografía, metalurgia, resistencia de materiales, arquitectura: estas múltiples ciencias deben encontrarse y funcionar, con un mismo grado de perfección y simultáneamente, para que un ciclotrón sea concebido, para que se lo construya y para que funcione.

Y todo un espectro de energías, después. Kilotvatios y kilovatios, por supuesto. Pero también carbón, petróleo, uranio. Y también el Dinero (dólares por millones), el Dinero, cuya condena le resulta tan fácil a los virtuosos pero que no por eso deja de ser (que no por eso deja de llegar a ser cada día, más y más) la sangre de la Humanidad. Y también, para fundirse sobre sí y animar finalmente toda esta masa, un incansable fervor de construir, bebido en todas las fuentes de la Necesidad y del Deseo.

Porque, al fin de cuentas, si en torno a un generador de Energía nuclear la atmósfera física se vuelve peligrosamente activa, ¿qué decir de la tensión psíquica engendrada en el mismo sitio por el encuentro de lo que hay de más acuciante y arrebatador en las necesidades económicas, las aspiraciones nacionales, los requerimientos de la guerra, la esperanza de sanar los cuerpos, y (mucho más aún) la hegemonía prevista sobre los resortes mismos de la Cosmogénesis?

En verdad, mucho más todavía que los millones o billones de electrones-voltios, lo que me impresionó y como que me erizó la piel, en las vecindades del ciclotrón, fue el observar cómo, llevadas a la vez a un cierto grado de intensidad y de aproximación, nuestras categorías mejor establecidas tienden a sintetizar en alguna realidad psíquica completamente nueva, de naturaleza aún inexplorada.

Sobre las colinas de Berkeley se esfuman los límites entre el Laboratorio y la Fábrica; entre lo Atómico y lo Social; y también, como diría yo, entre lo Local y lo Planetario.

Hasta tal punto que quien trabaja allí, si re-

flexiona en su situación y en su acción tiene derecho a preguntarse si ejerce aún la Investigación o la Industria, la Física o la Metafísica, la Energética o la Medicina, la Guerra o la Paz; o incluso si, arrastrado por una corriente que lo rebasa, no estaría en trance de penetrar, por casualidad, a alguna forma inédita todavía del Compuesto (o "Concentrado") humano.

III.—Un poco por doquier en la tierra: la multiplicación de concentradores de Energía humana

Y entonces, semejante a una onda que se extiende, me pareció que mi visión se ampliaba hasta las dimensiones mismas de la Tierra. Ya que, apenas sensibilizado al "olor" de ultra-humano que emanaba de las enormes turbinas atómicas que tenía ante mí, reconocí en él de inmediato los efluvios de todas las otras grandes máquinas que, desde hace medio siglo, no dejan de brotar en todas direcciones, ante nuestros ojos, como otros tantos árboles gigantes.

Microscopios electrónicos y gigantes telescopios.

Cohetes con posibilidades trasplanetarias. Máquinas de calcular.

Bajo la extrema diversidad de las formas y de los enfoques, ¿no había, en todos esos nudos de la actividad humana, el mismo proceso en cadena bien reconocible?: un proceso de aglutinamiento y de síntesis, que culminaba, en todos los casos, en el mismo resultado, el Hombre, el obrero, aspirado primero, y como capturado, por el objeto de su esfuerzo, y luego finalmente transformado (ultra-unificado) por su operación y por su obra juntas.

Por su operación, digo bien: en la medida en que éste lo fuerza a unánimizarse con los otros y sobre sí mismo.

Y por su obra también, en la medida en que al término de todo lo que crea, el hombre, inevitablemente, vuelve a encontrar al hombre un poco más alto; un hombre engrandecido: sea por medio de la penetración sensorial de lo Inmens y de lo Infimo, sea por la invasión geométrica del Espacio, sea (¡caso el más extraordinario de todos los progresos!) por la multiplicación y aceleración directas de su poder cerebral de pensar.

De tal suerte, semejante a alguna sustancia fluorescente expuesta a un haz de rayos oscuros, la Tierra entera, bajo la influencia de las emanaciones físico-espirituales que me envolvían, poco a poco se me ha aparecido como sembrada de puntos luminosos; cada una de estas "estrellas" correspondía a algún laboratorio o a algún ap-

Por Pierre Teilhard de Chardin

rato en torno al cual lo Humano, por medio de la tensión y de la unión estaba, *hic et nunc*, en trance de mudarse en algún "isótopo" neo-humano.

Y mientras mi espíritu fascinado se detenía en observar el número, el brillo y los matices de esas chispas en todo el derredor de la Tierra, una evidencia suprema bruscamente me "saltó a los ojos".

En los primeros momentos en que ante mí miraba finalmente educada se puso a destellar la faz hasta entonces oscura del Planeta, la sola ley general que cubriera esta operación habría podido parecerme la multiplicación, la intensificación y la inter-unión de los centros luminosos que, uno detrás del otro, se encendían sobre los continentes.

Pero he aquí que entonces, ante mis ojos ya más habituados aún, esta bóveda, estrellada empezaba a moverse. No a la manera monótona de un cielo que gira sobre sus polos. . . Sino a la manera creadora de una Galaxia que se envuelve.

En una primera etapa pude darme cuenta de que, desde hace cincuenta años, asistíamos, sin darnos cuenta mayormente, al nacimiento, un poco por doquier en la Tierra, de verdaderos generadores (o concentradores) de Energía humana. Ahora, como en una segunda etapa, veía distintamente que esos concentradores inevitablemente irían concentrándose entre sí.

IV.—La concentración general de lo humano sobre sí mismo, o: el torbellino de la investigación

Habría podido creerse (y no faltó quien lo dijera) que el gran acontecimiento humano moderno era la aparición de la Máquina y de la Industria.

Hoy comenzamos a sospechar que ese juicio no llegaba al corazón del fenómeno. Porque, con un movimiento interno e irresistible, Máquinas e Industrias están en trance de subordinarse en nuestras manos a un agente todavía más poderoso que ellas. No sólo (como decía atrás) en nuestra sociedad se borran rápidamente las diferencias entre Laboratorio y Fábrica sino que, en la fusión de los dos, es claramente el Laboratorio el que domina. No, no es, al fin de cuentas, a una edad industrial a la que estamos penetrando sino a una edad de la Investigación.

Desde siempre, claro está, el Hombre ha buscado. Ha buscado continua y tenazmente, a la vez por necesidad y por el placer de hallar. Pero ese esfuerzo permaneció en gran parte difuso: apenas percibido por la masa, apenas formulado

Habría podido creerse (y no faltó quien lo dijera) que el gran acontecimiento humano moderno era la aparición de la Máquina y de la Industria.

Hoy comenzamos a sospechar que ese juicio no llegaba al corazón del fenómeno. Porque, con un movimiento interno e irresistible, Máquinas e Industrias están en trance de subordinarse en nuestras manos a un agente todavía más poderoso que ellas. No sólo (como decía atrás) en nuestra sociedad se borran rápidamente las diferencias entre Laboratorio y Fábrica sino que, en la fusión de los dos, es claramente el Laboratorio el que domina. No, no es, al fin de cuentas, a una edad industrial a la que estamos penetrando sino a una edad de la Investigación.

y justificado por las gentes de bien, y prácticamente abandonado, como un *hobby*, a la iniciativa de algunos originales. En pleno siglo XVIII, no lo olvidemos, el investigador era mirado aún como un "curioso" o como una variedad del filósofo.

Mas, en menos de doscientos años, he aquí que la Investigación, precisamente, como una marea lo ha invadido todo. El gusto de comprender aliado con la necesidad de producir, el descubrimiento súbito por el Hombre de que podía (o incluso de que debía) ayudar científicamente en sí mismo la marcha, inconclusa e ininterrumpida, de la evolución biológica: ahora a los investigadores hay que contarlos por millones, no dispersos al azar sino repartidos en un sistema de grupos prolíficos y solidarios, el crecimiento, la diferenciación y la complementariedad de los cuales se imponen al observador como una réplica reforzada de lo que en otras partes sucede en la génesis de las culturas humanas o en la de las especies zoológicas.

Todo acontece en suma como si, tras una larga y lenta acumulación de energías físicas y psíquicas en la atmósfera humana (toda la Prehistoria y toda la Historia), se acabara de desencadenar un tornado espiritual que nos sacude.

Y entendamos bien, aquí, el rigor y el realismo de la similitud.

El Torbellino de la Investigación. . .

No, como el "torbellino" de los negocios, una simple agitación en todos los sentidos.

No tan sólo, tampoco, como el torbellino de las especies animales, un enjambre de formas divergentes llevadas a orbes cada vez más separados por el viento de la evolución.

Sino un verdadero *maelstrom* que aspira todo cuanto engloba hacia su eje profundo.

Todavía se oye repetir que la Investigación, por el juego mismo de su prolongación en ramas cada vez más numerosas y especializadas, se dispersa sobre sí y va en consecuencia dispersando entre ellas las inteligencias de que se apodera.

¿Cuándo tendrá su merecido esta trivialidad descorazonadora!

Que, en el detalle y en la fase de implantación porque atravessamos, exista el peligro de un desmenuamiento intelectual, e inclusive que éste produzca víctimas. . . Claro que sí. Pero, en buena Ciencia, ¿qué pesa ese desperdicio comparado con la enorme cantidad de unión psicológica que opera en el Hombre por medio de la fuerza que lo consagra inexorablemente a descubrir y a inventar siempre más?

Volvamos a situarnos frente al espectáculo de los múltiples aparatos (máquinas para hacer o deshacer la Materia, máquinas para ver, máquinas para comunicar, máquinas para pensar. . .) cuya fauna monstruosamente variada comienza a habitar la Tierra. Lejos de apartarse las unas de las otras como individualidades autónomas, ¿no es evidente que esas increíbles creaciones humanas tienden naturalmente a acercarse y a engranarse entre sí, de tal modo que se combinen y se multipliquen sus poderes?

No solamente considerados uno por uno, cada uno dentro del radio de su operación específica, sino envueltos todos a la vez en la misma mirada, ¿esos múltiples *vortex* elementales no se anudan manifiestamente en un solo y gigantesco estremecimiento del Pensamiento, en el seno del cual la ciencia *repliega*, más que *despliega*, sus ramas innumerables? . . .

Reconozcámo de una vez por todas. En noso-

tros, Hombres, no sólo la Vida no está quieta; no sólo ha cesado de dividirse en *phylos* divergentes, sino que, recogida sobre sí por la necesidad de conocer, acaba de llegar, por un juego de convergencia, a un paroxismo de poder que la caracteriza al hacer subir, simultáneamente la una por medio de la otra, en el Universo, Organización y Conciencia, es decir, a interiorizar la Materia a fuerza de complejizarla.

* * *

Ante mis ojos distraídos el ciclotrón de Berkeley había desaparecido definitivamente. Y, en su lugar, para mi imaginación, estaba la Noósfera íntegra, que torcida sobre sí misma por el hábito de la Investigación, no formaba más que un solo y enorme ciclón, cuyo efecto era producir, en cambio y en lugar de Energía nuclear, Energía psíquica en estado cada vez más reflexivo; es decir, idénticamente, lo Ultrahumano.

Y, hecho notable, en presencia de esta realidad colosal, que hubiera debido producirme vértigo, sólo sentía, al contrario, calma y alegría, una calma y una alegría *de fondo*.

Calma, ante todo. Ya que, por la virtud misma de su inmensidad y *por tanto de su seguridad*, el movimiento que se me aparecía llegaba a tranquilizar en mí la mónada medrosa. Mientras más vasto el torbellino, menos riesgo, para ese grano de arena que era yo, de extraviarse en el Universo. En contradicción, pues, con lo que desde hace veinte años viene machacando la literatura existencialista, es una visión general de la Evolución (y no una introspección cada vez más solitaria del individuo por el individuo) la única que puede salvar — una vez más lo estaba verificando en mí — al hombre del siglo XX de sus ansiedades frente a la Vida.

Y alegría también. Porque ahora lo veía tan claro como nunca: para explicar la presencia, en nosotros y en derredor nuestro, de un campo físico lo bastante poderoso como para envolver sobre sí la totalidad de la masa humana, no bastaba con acudir a la presión colectiva de miríadas de elementos impulsados en la misma dirección por la necesidad de sobrevivir. Para crear el flujo que debe, con creciente intensidad y probablemente durante centenares de siglos todavía, arrastrarnos a todos a la vez hacia arriba y hacia adelante, el polo repulsivo (o negativo) de la muerte que hay que evitar debe, por necesidad energética, duplicarse en un segundo polo, atractivo (o positivo), el de la Super-vida que hay que lograr: un polo capaz de suscitar y de satisfacer siempre más, con el tiempo, a las dos características de una actividad reflexiva: necesidad de irreversibilidad y necesidad de total unidad.

Y es así como, mientras más trataba yo de prolongar y de adivinar, hacia adelante la marcha de la inmensa espiral físico-psíquica en que me hallaba envuelto por la historia, eso que llamamos demasiado simplemente "la Investigación" más se cargaba, se coloreaba, se inflamaba de ciertas potencias (Fe, Adoración), consideradas hasta ahora como extrañas a la Ciencia. . .

Porque mientras más atentamente la miraba, a la Investigación, más la veía forzada, por necesidad interna, a concentrar en última instancia sus esfuerzos y sus esperanzas en dirección a algún centro divino.



HIMNO DE AMOR A LA MUJER MESTIZA

POR SERAFIN QUITIÑO



Mujer de Cuzcatlán —mujer de América.

Madre del mestizaje.

Depositaria del fuego de dos mundos.
Del maíz y del trigo molinera.

Alabada seas, ¡oh! dueña de la casa de la tierra.
Conciliadora de los hijos del llanto.

Alabada seas,
porque de siglo en siglo enciendes las tiendas de la vida.
Rescatas el fruto y la semilla.
El aceite. La sal. El pan. El vino.

Nada de lo que vive te es extraño.
De la tierra escuchas las entrañables voces.
Ángeles domésticos te guían hacia lo alto.
Sabes el verdadero destino de las cosas.
Si la tierra pudiera incorporarse y hablar,
hablaría con voz de madre.
A ti sería semejante, ¡oh! dispensadora de inagotables dones.

La que ofrenda su cuerpo,
santificado bajo la mano del sembrador,
a la hora sagrada de la labranza.
La que se da a sí misma,
en la blanca transfiguración de la sangre.
La que edifica. La que perpetúa. La que salva.

Por ti el bronce fue lámpara.
Reja de arado el hierro.
El oro ajorca. Vaso. Candelabro.

Anterior y posterior a los libros,
por generación de generaciones esparces la palabra eficaz,
el grano henchido de esperanza.

Por ti no se habría envilecido el oro.
Los metales no serían amargos.
El fuego —servicial bestia mansa del hogar,
dios benéfico de los buenos tiempos—
no descendería —hecho rencor—
sobre los campos de la mies,
ni sobre las ciudades de los hombres.

Alabada seas, madre nuestra,
porque de vencedores y vencidos haces los hijos.
Porque en los rastrojos del hierro
plantas la vid pacífica,
renuevas la promesa del ángel.

Alabada seas, por tu gracia de solitaria espiga.
Más fuertes que los vientos del odio.
Más firme que sus agudas lanzas.
¡Oh! coros de los antiguos calpules:
elevad vuestras voces
y a los acordes del órgano que vino sobre el mar de las profecías,
encended las fogatas de vuestro canto.

Alabad, cantad, a la que anuncia el tiempo del regocijo;
a la que viene —desde la Atlántida de sus lágrimas—
trayendo la paloma que se posó en el arca...
Alabad, cantad, a la que todavía espera los jazmines
y enciende la vela frente al altar.

Alabada sea nuestra madre de barro tenue,
de áspera arcilla castellana,
testimonio el más vivo de nuestro paso por la historia,
límite en que comienza la leyenda.

Alabad, cantad a nuestra madre de barro tenue,
la más bella imagen de los ancestros,
la más hermosa construcción erigida desde la noche de los símbolos.
Hela aquí, guardadora de las antiguas claves.
Sombra de olivo entre el teocalli y el santuario.
Fortaleza de amor ante el relámpago de los arcabuces.
Alabada sea, porque supo los últimos designios del hierro.
Porque siguió el oculto destino de la flecha,
lanzada —por ciegos arqueros— sobre el indescifrable tiempo.

Alabada sea,
porque en la tierra pacífica de su vientre

fue quebrantado el poder de los centauros;
los dardos perdieron su veneno;
nació el nuevo linaje.
Se hizo, por fin, el descubrimiento de un mundo nuevo.

Memoria de los lejanos días de Mictlán,
aun alumbra sus ojos húmedos y rasgados
—de princesa nahoa—
la Estrella bienamada de Quetzalcoatl.

Hija de soldados y aventureros;
descendiente del pueblo que vino sobre las carabelas,
de más allá del mar,
desde ciudades presentidas por los viejos augures,
aun aroma sus sienes de mestiza
la rosa de Castilla.

Madre y señora nuestra
por el maíz y por el trigo.
Por el cacao moreno y por la oliva.
Por el clavel sangriento y el izote.
Por la pasión que inflama nuestras venas,
y por el hondo río de tristeza
que viene —sueño abajo—
desde las brumas del solar perdido
a nuestro lento corazón de ciervo...

¡Bendita seas, alabada seas,
madre del mundo nuevo en nuestra tierra!

